

Uno



*Cual remolinos
contra la roca
son los bucles del tiempo*

En la calle de Les Hêtres, por su nombre dedicada a las hayas, sobre todo había arces. Ante la vista surgía una doble hilera de bloques de apartamentos, de tres o cuatro pisos, a los que se accedía por una escalera exterior. Se alineaban en la vía ciento quince de esas escaleras, que sumaban un total de mil cuatrocientos noventa y cinco peldaños. Bilodo lo sabía porque había contado y requetecontado esos peldaños, porque cada mañana subía esas escaleras, una tras otra. Mil cuatrocientos noventa y cinco peldaños de una altura media de veinte centímetros cada uno son doscientos noventa y nueve metros en total. Más de una vez y media la altura del rascacielos Place-Ville-Marie. De hecho, era

el equivalente a la torre Eiffel lo que se chupaba día tras día, lloviera o tronara, sin contar con que también tenía que bajar. Para Bilodo, ese maratón vertical no era ninguna hazaña. Más bien se trataba de un reto cotidiano sin el cual la vida no tendría aliciente. Se consideraba una especie de atleta, sentía una afinidad particular con los corredores de fondo, esos audaces especialistas en larga distancia, y a veces lamentaba con pesar que no existiera, entre todas las admirables disciplinas del esfuerzo sostenido, una categoría especial para los subidores de escaleras. Sin duda que él habría hecho una buena marca en los mil quinientos escalones o en los doscientos cincuenta metros de subida y bajada. Si en los Juegos Olímpicos hubiera una categoría de subida de escalones, Bilodo tendría excelentes posibilidades de calificarse y, tal vez, hasta de ascender ese último y glorioso peldaño, el más alto del podio.

Mientras esperaba a que eso sucediera, era cartero.

Tenía veintisiete años.



Hacía cinco años que Bilodo recorría el mismo circuito postal en Saint-Janvier-des-Âmes, el barrio popular al que se había mudado para estar más cerca de su trabajo. En todos esos años de leales servicios, sólo había faltado un día a su puesto, para asistir al entierro de sus padres, que habían fallecido en un accidente de

funicular en Quebec. Se le podía calificar de empleado puntual y cumplidor.

Por la mañana, en el Centro Postal, empezaba por clasificar el correo del día. Consistía en colocar las cartas o paquetes por orden de reparto y hacer con ellos bultos que otro empleado con una furgoneta se encargaba de depositar en buzones blindados a lo largo de su recorrido. Bilodo realizaba esta engorrosa tarea con una diligencia poco frecuente. Tenía un método de clasificación personal, inspirado a la vez en la técnica de reparto de cartas del crupier y en la del lanzador de cuchillos: como hojas de acero catapultadas con mortal precisión, los sobres abandonaban su mano en dirección al objetivo y se introducían en el casillero correspondiente. Rara vez fallaba. Esta singular habilidad le permitía acabar mucho antes que los demás, lo cual era estupendo porque después podía escaparse. Salir, largarse, llenarse de aire libre y degustar el sabor de un nuevo día, caminar por la mañana sin seguir el dictado de nadie. Para Bilodo no había nada más estimulante.

Por supuesto, no todo era de color de rosa. Estaban los malditos folletos publicitarios que debía repartir, los dolores de espalda, los esguinces y demás lesiones habituales; estaba la canícula del verano, agobiante; la lluvia del otoño, que calaba hasta los huesos; el verglás en invierno, que transformaba la ciudad en una peligrosa galería de hielo, y el frío que podía morder

como los perros, esos enemigos naturales de los carteros. Pero la satisfacción moral de saberse indispensable para la comunidad compensaba los inconvenientes. Bilodo sentía que formaba parte de la vida del barrio, que desempeñaba un papel discreto pero esencial: entregar el correo era para él una misión que cumplía a conciencia, contribuyendo de este modo a mantener el orden del universo. No se habría cambiado por ninguna persona del mundo. Salvo quizá por otro cartero.



Bilodo comía a diario en Madelinot, un restaurante situado cerca del Centro de Clasificación, y, después del postre, pasaba un rato dedicado a la caligrafía, el arte de la bella escritura, que practicaba como aficionado. Sacaba su cuaderno de ejercicios y sus plumas, se instalaba en la barra y transcribía unas palabras de algún periódico o un resumen de la carta, dejándose obnubilar por las evoluciones coreográficas de la punta sobre el papel, bailando el vals de los plenos y perfiles de la letra inglesa, haciendo piruetas con la uncial opulenta o batiéndose con la gótica, disfrutando al creerse un valeroso monje copista de la Edad Media que sólo se alimentaba de tinta y de agua, dejándose la vista, con los dedos congelados pero el alma sin duda caliente. En Correos, los compañeros de Bilodo no entendían nada. Formaban una pandilla ruidosa que iba a comer al Madelinot, se mofaban de sus

esfuerzos caligráficos y los calificaban de garabatos. Bilodo no se ofendía, porque eran sus amigos y porque, en el fondo, sólo eran culpables de ignorancia. De no ser un iniciado y ferviente adepto como él, ¿quién podría captar la sutil belleza de un trazo, el delicado equilibrio de las proporciones que regía la línea de la escritura bien hecha? La única que parecía capaz de apreciarlo era Tania, la camarera, tan amable siempre, que daba la impresión de interesarse sinceramente por sus obras y le decía que le parecía bonito lo que él hacía. Una muchacha sensible, sin duda. A Bilodo le gustaba mucho. Siempre le dejaba una buena propina. Si hubiera prestado más atención, se habría fijado en que lo observaba a menudo desde su rincón junto a la caja, y que, cuando llegaba al postre, siempre le servía el trozo de tarta más grande. Pero él no se daba cuenta. ¿O prefería no verlo?

Bilodo ya no miraba a otras mujeres desde que Ségolène había entrado en su vida.



Bilodo vivía en el noveno piso de una torre, en un apartamento de dos habitaciones, cuarto de estar, cuarto de baño y cocina, decorado con carteles de películas, que compartía con *Bill*, su pez rojo. Por la noche, jugaba a *Halo 2* o a *Dungeon Keeper* y luego cenaba algún plato preparado mientras veía la televisión. No salía mucho. Sólo algún viernes de vez en cuando, si Robert se

ponía pesado. Robert, un compañero de Correos, era encargado de la recogida de buzones y también su mejor amigo. Salía a menudo, casi todas las noches, pero Bilodo rara vez aceptaba acompañarlo porque no le gustaban las discotecas llenas de humo, las ensordecedoras fiestas *rave* y los clubes de bailarinas desnudas a donde su amigo lo llevaba. Prefería quedarse en casa, lejos del mundanal ruido y de los traseros femeninos, y más que nunca desde que Ségolène había entrado en su vida.

De todas maneras, tenía algo mejor que hacer para pasar la velada. Bilodo estaba muy ocupado por las noches, en su casa. Después de ver la televisión y fregar los platos, echaba el cerrojo a la puerta y se abandonaba a su vicio secreto.

Das



Bilodo no era un cartero como los demás. Entre el sinfín de papeleo sin alma que repartía en sus rondas, en ocasiones encontraba alguna carta personal, un objeto cada vez más raro en la era del correo electrónico y especialmente fascinante debido a esa rareza. Bilodo sentía entonces una emoción análoga a la del buscador de oro que encuentra una pepita en su tamiz. Esa carta no la entregaba. No de inmediato. Se la llevaba a casa y la abría con vapor. Eso era lo que le tenía tan ocupado, por la noche, en el secreto de su hogar.

Bilodo era un cartero indiscreto.

Nunca recibía correo personal. Le habría gustado mucho, pero no había nadie con quien tuviera tanta intimidad como para mantener correspondencia. Hubo una época en la que se enviaba cartas a sí mismo, pero la experiencia le había decepcionado. Poco a poco dejó de escribirse, y apenas lo echaba de menos; nunca se aburría consigo mismo. Las cartas ajenas tenían una fascinación distinta. Eran cartas reales, escritas por personas reales, que pre-

ferían el acto sensual de escribir a mano, la deliciosa languidez de la espera, a la frialdad reptil del teclado y la instantaneidad de internet. Esas personas realizaban una elección deliberada, que en algunos casos traslucía una cuestión de principios, una opción a favor de un modo de vida menos constreñido por la carrera contra el tiempo y la obligación de la eficacia.

Estaban las cartas cómicas que, desde el pueblo de Maria, en la Gaspesia, Doris T. escribía a su hermana Gwendoline para contarle los cotilleos locales. Y las desgarradoras que Richard L., preso en la penitenciaría de Port-Cartier, dirigía a Hugo, su hijo pequeño. Estaban las largas epístolas místicas que sor Regina, de la congregación del Santo Rosario de Rimouski, enviaba a su vieja amiga Germaine. Y los cuentos eróticos que Laetitia D., una joven enfermera temporalmente desplazada a Yukón, escribía para su novio, que se había quedado solo. Y también esas extrañas misivas en las que un misterioso O. aconsejaba a un tal N. sobre la manera más segura de invocar a diferentes criaturas sobrenaturales. Había de todo y procedente de todas partes: cartas de parientes próximos y de correspondientes lejanos, de aficionados a la cerveza que intercambiaban sus notas, de trotamundos que escribían a sus madres y de conductores de locomotoras retirados que hacían inventario de sus achaques. Había cartas demasiado tranquilizadoras que los militares mandaban desde Afganistán a sus angustiadas esposas. Palabras inquietantes que los tíos escri-

bían a sus sobrinas sobre secretos que no debían revelar por nada del mundo. Anuncios de ruptura que acróbatas de circo remitían desde Las Vegas a sus antiguas amantes. E incluso cartas de odio repletas de insultos que se desbordaban hasta por el sobre. Pero sobre todo había cartas de amor. Porque, aún pasado San Valentín, el amor era el más común de los denominadores, el tema que aglutinaba la mayoría de las plumas. El amor conjugado en todos los tiempos y en todos los modos, servido con todas las salsas bajo la forma de cartas encendidas o corteses, unas veces castas y otras pícaras; serenas o dramáticas; en ocasiones violentas; a menudo líricas; extremadamente conmovedoras cuanto más simples eran los términos que expresaban los sentimientos, pero nunca tanto como cuando se ocultaban entre líneas, tras una pantalla de palabras anodinas, abrasándose en insinuaciones.

Después de leer y releer la carta del día, después de saborearla hasta la médula, Bilodo hacía una fotocopia para su archivo, la metía en la carpeta del color correspondiente y luego en un clasificador a prueba de fuego. En cuanto a la carta original, pegaba con destreza el sobre y la dejaba al día siguiente en el buzón de su destinatario como si no hubiera pasado nada. Hacía dos años que se dedicaba a esta actividad clandestina. Era un delito, lo sabía, pero la culpabilidad apenas constituía un espectro borroso frente a la curiosidad soberana. Después de todo, no hacía daño a nadie, y ni siquiera él corría un gran riesgo siempre que fuera prudente.

¿Quién iba a preocuparse por un retraso de veinticuatro horas en la entrega de una carta? Y, lo principal, ¿quién podía saber que había un retraso?



De este modo, Bilodo interceptaba una treintena de correspondencias que formaban en conjunto una especie de telenovela de múltiples tramas. O, más bien, media telenovela, porque la otra mitad, la del «correo saliente», por desgracia le resultaba inaccesible. Pero disfrutaba imaginando esa otra parte, redactando elaboradas respuestas que nunca enviaba y sorprendiéndose con frecuencia al comprobar, cuando llegaba una nueva carta, con qué naturalidad se encadenaba con su propia respuesta secreta.

Era así. Bilodo vivía por poderes. Ante el tedio de la vida real, prefería su folletín interior, mucho más intenso en colores y rico en emociones. Y, de todas las cartas clandestinas que formaban ese pequeño mundo virtual tan apasionante, ninguna le removía ni le maravillaba tanto como las de Ségolène.

Tres



Ségolène vivía en Pointe-à-Pitre, en la isla de Guadalupe, y se escribía regularmente con un tal Gaston Grandpré, que tenía su domicilio en la calle de Les Hêtres. Hacía dos años que Bیلodo interceptaba sus cartas, y, cuando encontraba una al clasificar el correo, sentía siempre la misma sacudida, el mismo y bendito estremecimiento. Esa carta la deslizaba con discreción en su chaqueta, y, hasta que no se quedaba solo para hacer la ruta, no se permitía exteriorizar ninguna emoción, dándole vueltas una y otra vez al sobre, palpando la excitante promesa. Habría podido abrirlo de inmediato y saciarse de las palabras que encerraba, pero prefería esperar. Únicamente se concedía el placer fugaz de aspirar el aroma a naranja que emanaba de él; luego lo volvía a meter con coraje en el bolsillo, y durante toda la jornada lo guardaba contra su corazón, resistiendo la tentación y demorando el placer hasta la noche, justo después de fregar los platos. Entonces llegaba el momento. Quemaba unas gotas de esencia de cítricos, encendía unas velas, ponía un disco psicodé-

lico de jazz noruego, abría el sobre por fin, penetraba con delicadeza en la intimidad de la misiva y leía:

*Bajo agua clara
como nutria feliz
nada el bebé*

Bilodo podía verlo. Visualizaba con claridad al bebé en la acuosa luminiscencia de la piscina posnatal, desnudo del todo, nadando hacia él como si lo hiciera hacia su madre, o hacia los brazos tendidos de una sirena madre, mirándolo con unos ojos muy azules de salamandra estupefacta, ignorando que no sabía nadar porque aún no lo había desaprendido, sin sospechar que el agua era peligrosa, un elemento extraño en el que podía ahogarse, inconsciente de todo esto, limitándose a moverse, a seguir su instinto, a mantener la boca cerrada y a nadar y nada más. Bilodo veía con nitidez a ese pequeño pinnípedo, a ese curioso gnomo submarino con las facciones arrugadas por su cortísima edad y las fosas nasales adornadas de burbujas, que se deslizaba en la ola voluptuosa y reía porque era algo inesperado, divertido, emocionante. Y creía flotar él también, oía el zumbido del agua en sus tímpanos, tenía la sensación de estar en la piscina, en compañía del bebé, pues tal era la virtud del pequeño poema, tal el poder de evocación de todos esos extra-

ños y pequeños poemas que escribía Ségolène: hacían sentir cosas, ver cosas.

Las cartas de la guadalupeña no contenían nada más. Siempre consistían en una sola hoja en la que había escrito un solo poema. Era muy poco y, sin embargo, era muy generoso, porque alimentaban tanto como toda una novela: esos poemas eran largos para el alma, nunca cesaban de vibrar en su interior. Bilodo se los aprendía de memoria y los repetía en su camino matinal. Los conservaba celosamente en el primer cajón de la mesilla, y, por la noche, le gustaba extenderlos a su alrededor formando una especie de círculo místico y releer uno tras otro:

*Fluir celeste
deshielo de las nubes
icebergs perdidos*

*Desde su arpa
se despeña la araña
reina del puenting*

*Golpes afuera
clavados los postigos
viene el ciclón*

*De madrugada
el tiburón bosteza
come un pez luna*

*Sobre el mantel
que infla el aire estival
bailan las copas*

Los poemas de Ségolène, tan diferentes unos de otros, eran, sin embargo, idénticos en su forma, ya que se componían siempre de tres versos: dos de cinco sílabas y uno de siete, lo que hacía un total de diecisiete sílabas, ni más ni menos. Siempre se repetía la misma estructura misteriosa, como si fuera un código. Esta constancia debía de tener una finalidad concreta. Bilodo se lo había preguntado muchas veces hasta el día en que, por azar, después de meses de vagas suposiciones, descubrió de qué se trataba. Era sábado por la mañana y estaba leyendo el suplemento de ocio de un periódico mientras desayunaba en el Madelinot. En lo alto de una página, la visión inesperada de tres líneas escritas que parecían formar un poema hizo que se le atragantara el café. Con sus dos versos de cinco sílabas y uno de siete, el poema, por lo demás decepcionante, se limitaba a comentar la actualidad con ironía. Nada que ver con esas vívidas parcelas de eternidad que creaba Ségolène. Pero el nombre de la sección era revelador: «El

haiku del sábado». Bilodo volvió corriendo a su casa y peinó el diccionario hasta que encontró la palabra:

HAIKU o HAIKAI n. m. (1922; palabra jap.). – Poema clásico japonés que consta de tres versos, de los cuales el primero y el tercero son pentasílabos y el segundo, heptasílabo.

Así que era eso. Eso eran los poemas de la guadalupeña. Luego, en la biblioteca, Bilodo pudo consultar muchas obras que contenían haikus, libros traducidos del japonés que reunían autores de nombres tan familiares como Matsuo Bashō, Taneda Santōka, Nagata Kōi y Kobayashi Issa. Pero ninguno de sus poemas le causaban el efecto de los versos de Ségolène: ninguno le transportaba tan lejos ni le hacía ver y sentir las cosas con tanta intensidad.

Sin duda, la caligrafía de Ségolène contribuía en gran medida a esa magia particular, porque se expresaba con una letra inglesa más fina y más airosa que todas las que Bilodo había tenido nunca la dicha de admirar. Era una escritura rica e imaginativa, de jambas profundas y maravillosos perfiles, adornados de bucles opulentos y de gotas precisas, una escritura ágil y franca, de admirables proporciones, con su inclinación de treinta grados y su interletra sin tacha. La escritura de Ségolène era una fragancia

para la vista, un elixir, una oda; era una sinfonía gráfica, una apoteosis; era bella hasta las lágrimas. En alguna parte había leído que la escritura era el reflejo del alma, por lo que Bilodo llegaba complacido a la conclusión de que la de Ségolène debía de ser de una pureza sin igual. Si los ángeles escribieran, lo harían del mismo modo.